



LA VIDA DEL SOLDADO

Los tercios estaban creados para combatir, pero no siempre estaban en campaña, y la vida del soldado era distinta según el destino. No era lo mismo la vida de campamento que la de guarnición en una fortaleza. Al igual que no era lo mismo estar en el tercio de Milán, Nápoles y Sicilia que en un tercio embarcado.

EL ALOJAMIENTO

Cuando una compañía del tercio llegaba en su marcha a un pueblo, el furriel se adelantaba al ayuntamiento a pedir boletas de alojamiento, es decir, unas octavillas de papel donde se asignaba al soldado la casa un vecino para que lo alojara. En la casa que tocaba, el soldado solamente podía exigir al dueño agua, sal, aceite (para las armas y las lámparas), vinagre (desinfectante contra piojos y para endurecer los pies llagados) y asiento a la lumbre.

Si la estancia en una ciudad se prolongaba indefinidamente, como era el caso de los tercios que estaban de guarnición en las fortalezas, vivían en régimen de camaradas, lo que significaba que ocho o diez soldados compartían la misma cámara, habitación o vivienda alquilada, contribuyendo por igual a los gastos comunes. Las camaradas constituían un potente factor de cohesión interna. Para evitar que esta institución cayera en desuso, en 1632 hubo una ordenanza para el restablecimiento de las camaradas, porque “son las que más han conservado a la nación española, porque un soldado solo no puede entretener el gasto forzoso, como juntándose algunos lo pueden hacer, ni tiene quien lo cure y lo retire, si está malo o herido”. Las camaradas no sólo se establecían entre soldados y mandos inferiores, sino también entre los maestros de campo y oficiales superiores. Era la manifestación concreta de la fraternidad que imperaba en el tercio. Esta afectividad se veía en ocasiones reforzada por el parentesco entre soldados de la misma estirpe. Era frecuente que en el mismo tercio sirviesen hermanos, cuñados o primos de la misma familia.

Quatrefages cita la carta que los soldados de Flandes dirigieron a los amotinados en la ciudad de Alost pidiéndoles que socorrieran a los sitiados en Gante:

“Siendo como somos... en el afición propios de hermanos... prometemos como Españoles y juramos como cristianos... de morir por ellos... como amigos por amigos y hermanos por hermanos... porque Españoles pelear tienen por gloria, y vencer por costumbre, pues vamos señores por amor de Dios a socorrer el castillo de Gante donde están nuestros amigos y hermanos.”



EL CUARTEL

Esta palabra es engañosa, ya que se refiere al barrio donde se alojaba el tercio. Los cuarteles en el sentido actual del término no existían o eran muy raros; eran más frecuentes en las unidades de caballería, que lo necesitaban a causa de los animales. Cuando el tercio guarnecía una fortaleza, la vida del soldado era más cuartelera, aunque se regía en buena medida por normas de autodisciplina.

Las ciudades ricas construían barracas, míseras edificaciones destinadas a alojar a los soldados, de modo que los habitantes no se veían obligados a alojarlos en sus casas.

CAMPAMENTOS

En campaña, y especialmente durante los asedios de las ciudades amuralladas, la vida era de campamento. En sus comienzos, se vivía en tiendas de lona, más tarde se construyen barracas o alojamientos hechos con la madera de algún edificio en ruinas. Las tiendas se forraban con los paños de lona, el paño de tienda, que han sido compañeros inseparables de los soldados desde los tiempos de Roma; de ahí la palabra compañero, que viene de *cum pannis* (el que también lleva paño de tienda). Los paños tenían en los bordes botones o lazos para unirse a otros. La tienda elemental era la clásica pirámide de cuatro paños para cuatro soldados. Los hombres dormían vestidos pero sin botas, a menos que se ordenara lo contrario, arrebujados en sus capas y con la cabeza sobre las galas, es decir, sobre la bolsa o hatillo donde el soldado guardaba sus vestidos de más prestancia.

COMIDA

La comida de cada soldado era encargada a un paje o una mujer contratada. Para comer mojaban pan en la olla o sacaban las presas de carne con la daga.

Durante las marchas, combates y asedios, el tercio se obligaba a que no faltaran víveres a precio justo, lo que obligaba a una previsora labor de planeamiento y almacenamiento. Los víveres los suministraban los vivanderos, quienes a su vez compraban en el almacén que contrataba previsoramente el furriel mayor.

LETRINAS

En el campamento había letrinas cuya localización estaba señalada por el barrachel, que era el alcalde de la ciudad de lona. Para facilitar las cosas, no era infrecuente que los gregüescos (los calzones abombados del XVI) o los más largos calzones del XVII, que se anudaban bajo la rodilla, tuvieran abierta una costura inferior. Viendo los grabados de la época, los lansquenets alemanes iban más ventilados y sus contemporáneos los calificaban de desvergonzados.



EL DISTINTIVO DE LA INFANTERÍA ESPAÑOLA

En principio, los soldados de los tercios no tenían uniforme en el sentido actual del término, pero estaban obligados a llevar sobre la coraza una banda roja, o a falta de ella, si no era coselete, una cruz o un aspa cosida permanentemente en el jubón. El rojo era el distintivo del ejército del rey católico, y en consecuencia, de la infantería española.

La prenda distintiva de los soldados españoles solía ser una banda roja, y la de los capitanes, una faja roja ceñida a la cintura, muy ancha en el caso de los maestros de campo y maestros generales.

EL VESTIDO

Siempre que podían, los soldados vestían trajes espléndidos de colores vivos, con plumas en el sombrero y armas damasquinadas. De ahí viene la expresión “ir muy flamenco”. El señor de Brantôme los evocaba admirado a la reina Margarita de Francia: “Pasaban orgullosos como reyes: los capitanes, arrogantes como príncipes; los soldados tan apuestos que parecen capitanes”.

Para remediar la desnudez de los nuevos soldados, el rey contrató suministros de prendas de paño pardo, así como calzado, que el capitán entregaba al soldado en el momento de sentar plaza en concepto de adelanto a cuenta. No se trataba de una cuestión de uniformidad, sino de que no fueran desarrapados. En 1694, cerca de su final, los tercios empezaron a vestir de modo uniforme y se dictaron disposiciones que asignaban los distintos colores de cada uno.

FAMILIA

La corona contemplaba el matrimonio de los soldados como un problema, ya que ni las soldadas ni los alojamientos estaban preparados para sostener una familia. Además, si el soldado moría, había que atender a la familia. La hacienda real –en palabras del Rey que recogía la ordenanza- se quejaba de que en Italia y Flandes había más soldados casados que solteros, y eso obligaba a sostener dos ejércitos: “uno de vivos, que me sirven, y otro de muertos, que me sirvieron, en sus mujeres e hijos”. Los tratadistas pensaban que la familia debilitaba al soldado y le distraía del servicio. En 1634 una ordenanza prohibió que los soldados se casaran.

Pero quien quería se casaba con la bendición del capellán de la compañía, que prefería verlo casado que amontonado. Los soldados españoles solían casarse con mujeres del país donde residían. Con frecuencia las familias legítimas de los soldados seguían a los tercios en una



turbamulta de vivanderos, artesanos, mujeres públicas, rebaños y familias que seguía en cola a las largas columnas militares en sus desplazamientos.

Por no alentar el casamiento de los soldados se toleraba que les acompañase un contingente de prostitutas. Estas mujeres viajaban y se alojaban aparte de los soldados, pero no podían permanecer en el campamento durante la noche.

ENFERMEDAD Y MUERTE

Los tercios fueron pioneros en la atención a sus heridos y enfermos. Existían una caja de previsión, que recogía cada mes parte de las soldadas para atender enfermedades y desgracias. El ejército del Rey tenía hospitales como los de Bruselas o Messina para atender a los enfermos y heridos. El ejército tenía su propia botica, servida por farmacéuticos militares.

El soldado gozaba del antiguo privilegio de otorgar testamento en campaña, el llamado testamento militar, sin pasar por un notario.

Bibliografía: MARTÍNEZ LAÍNEZ, M. y SÁNCHEZ DE TOCA, J.M., *Tercios de España, la infantería legendaria*. EDAF. 2006.